

CAPÍTULO III

NORMA DIBURGA

El gran salón de baile tenía forma rectangular, ubicado en el tercer piso del viejo edificio, y la pista estaba cubierta con una gruesa alfombra roja que no podía disimular el paso implacable del tiempo. Distribuidos aquí y allá espaciosos y surtidos bares.

En un rincón, al fondo, una puerta que daba acceso a los servicios sanitarios y cerca de éstos terminaban los escalones que venían de los pisos inferiores. A la derecha había un pasillo que conducía al restaurante y después a una escalera que descendía a la parte trasera del inmueble.

Yo iba vestido con una camisa azul marino, pantalón blanco y zapatillas cremas. Ya no era un muchacho, circundaba los cincuenta y me dedicaba a la literatura. Esta noche me sentía muy tranquilo. Me dirigí al bar que esta-

ba en el otro extremo del salón que empezaba a llenarse, me acomodé en una de las altas sillas y pedí un vodka con agua tónica. Miré el reloj de pulsera: eran ya las ocho de la noche.

— A las nueve y treinta llegarían, recordé. La vida era un carrusel de sorpresas.

Me pregunté entonces el porqué me encontraba en ese bar y a esa hora si ya era una práctica que había abandonado hace diez años. Rememoré mi vínculo con María Luccia Clementi y me convencí de que mi vida siempre había sido movida por los intereses de una mujer. Entonces nada nuevo había en mi proceder.

Apuré el trago y miré con el rabillo del ojo a una dama que tomó asiento cerca de mí. No se veía mal. Vestía una falda negra amoldada a sus caderas y una blusa verde que denotaba buen gusto. Calzaba zapatos altos y llevaba medias. Contaría con unos treinta y cinco años y, a juzgar por las prendas que lucía, demostraba disfrutar de buena posición económica. Pedí otro trago y el mozo del mostrador me dijo que me serviría vodka polaca porque la rusa estaba por llegar.

— Es una lástima, dije.

— ¿Tanto le gusta la Stolichnaya, señor?, preguntó amablemente la dama.

— No como para angustiarme. Me da igual rusa o polaca.

La volví a mirar. Se llevaba a la boca una aceituna y tenía unos labios finos, pintados de rojo púrpura. Me pareció una mujer inteligente, muy lista, por la forma en que me llevó a la charla. La mujer sonrió y su sonrisa era por demás atractiva.

— ¿Es usted panameña?, le pregunté.

— Soy peruana.

— ¡Del gran Imperio de los Incas! ¡Los indios más civilizados del continente!

— ¡Del gran Imperio de los Incas!, corrigió ella. El término indio lo considero despectivo. Es una falacia geográfica que todavía no se haya corregido después de transcurrido medio milenio.

— El error nació —agregué— con el arribo de Cristóbal Colón a las costas del hemisferio occidental, cuando creyó que había tocado tierra en la India.

— Es como el nombre América, otro ejemplo del colonialismo voraz del Viejo Mundo.

— Es usted una mujer culta...

— Soy una profesora de historia y reacciono un poco severa cuando lastiman mis orígenes.

— Le ofrezco disculpas por mi expresión.

— No se trata de usted, señor. Se trata de un mecanismo psicolingüístico de dominación social que convierte

al indio en un ser humano de segunda categoría, al igual que al negro y a todos aquellos que sirven de animales de trabajo a las élites ricas del mundo desarrollado. Son nombres que nacieron de la explotación de los inhumanos invasores europeos.

— Me ha dado usted una lección de humanidad...

— Nada de eso. Una corrección justa. El hombre no debe ser destruido en su identidad ni en su dignidad, sustentó la dama.

— ¿Está hablando entonces de la internacionalización de la injusticia?

— Estoy hablando de esa falacia que nos han hecho digerir en el sentido de que España nos trajo difusión de razas y culturas, porque las uniones que se dieron fueron las del hombre blanco con la mujer india. La hembra blanca permaneció intacta.

— En 1514 se autorizó el matrimonio entre españoles e indios.

— Eso no funcionó socialmente —agregó ella— pues el casarse con aborigen fue deshonroso. El tal descubrimiento, encuentro de dos mundos o como se le llame, fue un violento genocidio.

— No comparto del todo sus opiniones, riposté.

— Eso no me interesa. ¿Recuerda los perros de la conquista? Las jaurías de lebreles destrozaban a nuestros an-

tepasados, no sólo en las batallas sino en la cacería de los fugitivos para conseguir información sobre la existencia del oro.

— ¿Las aperreadas de que hablan los cronistas de la época?, pregunté.

— Veo que también usted conoce la verdad de la historia. Vuelva a leer a Fernández de Oviedo.

— Lo volveré a leer.

— Pero no olvide de Oviedo a “Leoncito” el perro de Vasco Núñez de Balboa, hijo de “Becerrillo”, el más famoso de los perros de indias. Cuentan las crónicas que estos animales eran insuperables para las batallas. A los indios fugitivos los volvían a traer hasta sus amos mordidos por las muñecas y al que se resistía lo despedazaban. También adiestraban perros para que sólo atacaran a los indios en los testículos y a las indias en los senos, órganos sensibles que devoraban con voracidad. Eran unos malvados. Para ahorrar municiones colocaban a los aborígenes en hileras y disparaban un cañón que atravesaba sus entrañas y los ensartaba en una macabra voladura de horror.

— Nos trajeron a Cristo, afirmé.

— Nos trajeron una seudo evangelización, que es otra cosa. Una justificación de la conquista violenta.

— Cristo es amor, es comprensión, es paz. Cristo no es sinónimo de sangre ni de explotación. Es sinónimo de

liberación del hombre y de los pueblos, expliqué. A propósito, ¿cómo se define usted ideológicamente?

— Soy demócrata, y como una verdadera bolivariana sigo las ideas de Luis Carlos Mariátegui, de César Vallejo, de los libertadores de América. ¿Me quiso preguntar si era comunista?, le diré que no. Soy cristiana y admiro los caminos de los ejércitos zapatistas que ahora se han levantado en México.

Ella arqueó las cejas interrogativamente.

— Se sienta usted muy lejos de mí, continuó la mujer. ¿Puedo acompañarlo?

Le vi las piernas cuando descendió del asiento y me parecieron muy bellas. Era baja de estatura, de tez cobrizo y pelo negro azabache. Los rasgos indígenas de sus ojos los delineaba con un marcador hacia arriba.

— Bueno, ya estoy a su lado, me dijo.

— Me llamo Fernando Arellano y me alegro de co-

see tales o cuales méritos; es una obra que las generaciones leen con fervor y con una misteriosa lealtad.

— Para Shelley —comenté— los poemas del pasado, el presente y el futuro son episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigidos por todos los poetas del orbe.

— El gran poema clásico de la humanidad...

— La literatura es un arte y hay que practicarla como tal...

— También es una vocación y un oficio, y hay que crearla con pudor intelectual.

Le pedí al mozo llenar su copa pero ella rechazó el ofrecimiento. La sala iba llenándose de gente, de humo de cigarrillo y la música country estalló con furor. La miré después de una pausa.

— Me gusta su compañía, le dije.

— Me gustaría acompañarlo, dijo Norma levantándose. Y concluyó: quiero disculparme.

— ¿Porqué?

— Por el atrevimiento de sentarme a su lado.

— No es necesario que se disculpe, dije. Me gustó su gesto. Es usted una mujer especial.

— Ya es hora de que vuelva donde tengo una cita.

— ¿Puedo acompañarla hasta la puerta de salida?

Norma me dirigió una mirada rápida y suspicaz, como si entendiera mis intenciones, pero finalmente aceptó.

— Es muy amable, dije. Nos volveremos a ver.

Me puse a pensar en Norma Diburga y en la extraña casualidad de haberla conocido. Sentí que, por alguna oscura razón, bajo los pliegues más ocultos de esa mujer persistía un misterio, la vaga idea de que podría estar relacionada con el grupo que planeaba secuestrar el barco nuclear. Pedí más vodka.

— Doble, mozo.

— En seguida, señor.

Empezó a mezclar el trago y puso el vaso sobre el mostrador.

No es común encontrar una mujer con ese bagaje intelectual en un bar de soldados estadounidenses. Debería pertenecer a esos movimientos que se hacen llamar de “solidaridad cristiana”, pero que en verdad son los remanentes del marxismo-leninismo que ha quedado desperdigado con la disolución del socialismo europeo.

— A lo mejor estoy pensando mal.

Eran las nueve y treinta de la noche cuando apareció Catalina Caballero en el umbral del salón de baile. Se me

acercó y me dijo que el grupo estaba en el bar íntimo, abajo del edificio.

— Hace rato que lo busco. ¡Venga, vamos!

— Voy en seguida, y apuré mi copa.

El baile comenzó a encenderse y el lugar se tornó estridente. Era admirable ver a los marines apegados a su música country y coreando todas las canciones. Se sentía que la amaban. A la vez era ridículo mirar a las mujeres panameñas bailar ese ritmo. Sin embargo, el espectáculo en conjunto era divertido, atractivo y muy alegre.

Bajaron por unas escaleras que terminaban en la puerta de entrada del bar. En verdad estaba casi solitario. Movieron tres mesitas pequeñas con sus respectivas sillas e improvisaron un puesto grande, donde todos se veían el rostro. Allí estábamos Ferrara, Mitzy, John, Catalina y yo. El supuesto acompañante de Ferrara no apareció.

Cuando atravesé la puerta de entrada del bar me pareció ver a Norma. El salón tenía la forma de un círculo, estaba cubierto de gruesas alfombras y tenía un aire acondicionado acogedor. En el escaparate se veían botellas de whisky sin destapar, vino seco, ginebra, ron y toda clase de bebidas y licores. La música era suave y el local bien amueblado con un aspecto opulento. Era un sitio especialmente visitado por veteranos de guerra.

Norma salió de la sombra y la pude distinguir bien. Su cara estaba bronceada por el aire y el sol, y brotaba de ella una fuerza invisible de seguridad y optimismo.

— ¡Señor Arellano!, exclamó. Mucho gusto de verlo otra vez.

Me levanté y dije:

— Sí, otra vez. Me parece muy hermoso. Le presento a mis amigos.

— Mucho gusto, contestaron a coro.

— Encantada, contestó ella.

El hombre que la acompañaba en el rincón se le acercó y le dijo que saldría por un momento.

Norma fue invitada a la mesa. Le pregunté qué iba a tomar y el cantinero, que oyó la pregunta, me respondió que sabía lo que estaba tomando la señora Norma Diburga. Lo dijo en voz alta, así que el hombre hizo saltar de su asiento a Ferrara Ferrari.

— ¡Norma Diburga! ¡Norma Diburga! ¡Quién lo diría, sentada frente a mí!, exclamó con asombro. Sé quién es usted, le dijo Ferrara intempestivamente. La estaba buscando.

— También sé quién es usted, le contestó Norma.

— Deseo hablarle sobre un asunto delicado y urgente ¿Puede acompañarme al baño?, le dijo Ferrara.

— Vamos, contestó Norma.

Entraron en el baño de damas.

Se respiraba un aire con olor a desodorante y lavanda.

— Me parece que a ninguna de las dos nos conviene perder el tiempo, —dijo Norma—. Vaya al grano.

— Bien —dijo Ferrara—. Me gusta tratar los asuntos directamente y sin rodeos. Tengo entendido que usted es parte del comando que está por ejecutar una acción militar en el Canal de Panamá. Mi interés es periodístico y profesional. Laboro para una agencia de noticias europea y conozco algunos pormenores del plan...

— Pero no conoce la fecha ni la hora, interrumpió Norma. Entonces no conoce nada. Puede estar ocurriendo en estos instantes o quizás ya haya ocurrido. Pero hableme del asunto —la retó Norma—.

— El plan es secuestrar el barco con carga radiactiva una vez entre en las aguas del Golfo de Panamá. En esta operación hay billones de dólares y grandes intereses políticos. Lo han planificado para que no pueda haber errores en la operación, terminó Ferrara.

Norma hizo una mueca negativa y sonrió.

— Las tuyas son todas suposiciones y puede ser que esté haciendo una montaña de un granito de arena.

Y salió del servicio. Ferrara la siguió.

Mitzy Salvatierra y John Kerrigan se entregaban a las caricias íntimas. Catalina había salido en busca de unos tacos mejicanos, muy apetecidos, que preparaban en un carrito móvil fuera del local.

Pedro León Ferreira era el jefe del Comando Especial de la Operación Plutonio 239. Era un animal del sexo masculino con un cuerpo atlético que mantenía en óptimas condiciones. Alto, de cabellos negros, músculos de luchador profesional, espaldas anchas, despertaba el respeto de quienes lo trataban. Prácticamente su rostro asustaba y no era un hombre que invitara a la amistad. Sus últimos diez años los sirvió como soldado mercenario en las guerrillas de África y América. Cuando no peleaba pasaba horas corriendo, boxeando, afianzando sus conocimientos de karate y todos los trucos que podía aprender para matar rápida y silenciosamente. Era un experto en la lucha con cuchillo y conocía el mar tan bien como el mejor marinero del mundo. Sus compañeros eran expertos combatientes elegidos de la élite militar del Frente Revolucionario Americanista (FRA), considerados perfectos para las acciones de sabotaje marítimo. Estas fueron las descripciones dadas por Ferrara a Norma antes de retornar a la mesa. La imprecó y le dijo:

— ¿Porqué esperar? Dime dónde están estos sujetos porque debo denunciar esta locura antes que sea demasiado tarde.

Norma negó con la cabeza y se dirigió al mostrador donde estaba yo. Ferrara la siguió y cuando iba a reiniciar la conversación con ambos se oyó sonar una sirena de patrulla de policía. Fue rápidamente hacia una de las persianas que daba a la calle y espió: llegaban autos de los que saltaron policía armados.

— ¿Qué pasó?, preguntó Mitzy, soltándose bruscamente de John y dirigiéndose a la ventana.

— Algo grave, contestó John. No es corriente oír sirenas aquí. Iré a averiguar.

Y salió. Las sirenas acrecentaban su volumen. Los bailadores de las plantas altas desalojaron los salones y un tumulto se formó afuera del edificio. Luego regresó John y nos dijo que se trataba de un soldado enloquecido por la droga. Nos aconsejó que sería prudente que nos fuéramos, ya que por tratarse de un incidente de droga era posible que detuvieran a todos los visitantes hasta que se esclarecieran los hechos.

— ¿Dónde está Catalina?, preguntó Mitzy.

— Aquí llegó, contesté.

Salimos. Un drama de pavor se desarrollaba: un soldado blandía su pistola apuntándole a una mujer que mantenía tirada en el suelo. La gente miraba expectante la escena. El soldado movía la pistola arriba y abajo y gritaba:

— ¡Eres una puta, una perra! Vamos, ponte en cuatro patas y grita que eres una perra.

La mujer temblaba de horror. No podía controlar su cuerpo.

— No... no... —gritó—.

— ¡Grita que eres una perra!, ¡que quieres que te traigan un perro!

La mujer se colocó en posición animal, imitando al cuadrúpedo.

— ¡No te oigo decir que eres una perra!, volvió a gritar el hombre. ¡Más fuerte!

La mujer no podía gritar más y las lágrimas caían al suelo. Gemía aterrorizada. El hombre le puso el arma en la sien derecha.

— ¡No te oigo gritar”, repitió.

Una puerta se abrió y un policía se asomó blandiendo su arma apuntándole al soldado en posición de tiro. De muchas partes también apuntaban con pistolas.

— ¡Tírala o disparo! ¡He dicho que la tires!

El soldado sonrió y luego terminó en carcajadas.

— ¡Era una broma!, dijo.

— ¡He dicho que tires la pistola! El policía le apuntó con más seguridad.

El soldado tiró su arma y levantó los brazos. El policía lo cogió del brazo, lo volvió contra la pared y lo esposó.

— ¡Hijo de puta!, le dijo. ¡Viciosos de mierda!

— ¡Llévenselo de una vez! Está borracho y encocainado. Llévenselo, por favor. Está loco.

Tres policías lo empujaron hacia el auto patrulla.

La mujer apenas se podía tener en pie y sollozaba.

— Tranquila —le decía el policía— ya ha pasado todo.

John los acompañó hasta el otro lado del portón.

La tensión vivida los tenía un poco descontrolados y Norma había desaparecido del lugar.

Candelario ya estaba estacionado en el sitio destinado a los taxis y se extrañó por el sorpresivo regreso. No preguntó el motivo, sino que abrió las puertas del automóvil y los cuatro entramos en completo silencio. Empezamos el viaje de regreso a la ciudad.

Catalina se moría por escuchar sus pícaras historias mas, sin embargo, a ninguno de los tres nos hacía gracia las anécdotas de Candelario ya que habíamos vivido un momento de mucha tensión nerviosa. Pero Catalina no aguantó más y le pidió que le contara uno de sus chistes.

— Un chiste no, dijo Candelario. Voy a contarles cómo una rezadora del interior del país hacía un rosario de difuntos. Y comenzó el relato: Avelina se llamaba y se co-

locaba al lado del muerto, en el centro de la sala donde lo velaban.

Para cada caso tenía versos diferentes, pues su capacidad de improvisación era grande, un don que la gente le alababa. El coro, formado por los asistentes al velorio, contestaba en voz alta los versos de Avelina. No importaba el mensaje poético ni la claridad de las ideas, sino la rima “que sonara bien” con las consonantes y asonantes.

Esa vez el muerto se llamaba Gregorio de la Cruz pero le decían “Goyo” y ella comenzó el rosario, así:

*“Las cuentas de mi rosario
son balas de artillería...”*

Coro

Por Goyo recemos todos...

Por Goyo, un Ave María...”

Cuando iban a vestir al difunto, los versos decían:

*“Por el palo de caimito,
por el palo de árbol-pan,”*

Coro

*“El Señor Mío Jesucristo
lo vista de tafetán...”*

Antes de clavar la tapa del cajón, recitaba:

*“Quién como San Gabriel,
que todas las ánimas son de El
y saca las herramientas del taller...”*

Coro

“Misericordia por Él, Misericordia por Él”

Y se quede San Gabriel con su caja de herramientas

Coro

En eso viene el diablo y lo tienta.

*Como vivían en épocas de elecciones, de pronto se
olvidaba de que estaba en un rosario de difunto e
intercalaba versos políticos:*

*“Por este rosario santo
que rezamos en este día...”*

Coro

*“Señores digamos todos
que viva Domingo Díaz...”*

*Otra vez era la invocación del Hijo de Dios para que
acogiera el alma de Goyo en su seno:*

*“Por este iguano viejo
salido del piñuelar...”*

Coro

*“Que el Señor Mío Jesucristo
lo mandé a descansar...”*

Alzaba las manos en señal de alabanza y proclamaba:

*“Ahora recemos un Padre Nuestro
por las ocurrencias del Niño Dios
en el pesebre”*

*El instante cumbre se daba cuando
el féretro había llegado
al cementerio y lo lanzaban a la
profundidad de la fosa.*

Entonces ella exclamaba al borde de la sepultura:

*“La bandera panameña
la bandera del Japón...”*

Coro

*“El alma del viejo Goyo
se la lleven en avión...”*

*El cajón crujía al golpear contra
las estrecheces del hueco.
Era el instante de la despedida y ella
parada en posición de arenga, sentenciaba:*

*“El sol sale y se pone,
la luna nos da su luz...”*

Coro

*“Pero a Goyo de la Cruz
se lo llevó la puta...”*

Todos reíamos con la intervención de Candelario que también disfrutaba. Mitzy y Catalina se bajaron frente a su casa y Ferrara y yo continuamos hasta el hotel. Entramos al bar, donde se oían los acordes del famoso órgano Wurlitzer que interpretaba una cumbia colombiana. La gente bailaba.

El mozo se acercó y nos preguntó que íbamos a tomar.

— Un trago fuerte que me quite esta frustración, contestó Ferrara.

— Ron puro de Jamaica con gotas de Vermouth, dijo el mesero.

— Yo lo tomo con Coca Cola, respondí.

— Traiga una botella, aclaró Ferrara.

El mozo trajo la botella. Ferrara bebió un sorbo y pensó que todo parecía habersele ido de las manos. Permanecía sentada, con la mejilla apoyada en el vaso pensando que había fracasado. En Indochina y otras partes había tenido, en más de una ocasión, el mismo estado de ánimo. Además, el tiempo transcurrido desde su llegada era muy corto. Su frustración se debía quizás al espejismo que sintió de tener todo resuelto.

La saqué de sus pensamientos, cuando le pedí que me hablara del Frente Revolucionario Americanista (F.R.A.)

— Dicen que es un movimiento que se inspira en Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano.

— ¿El verdadero fundador de la “Teología de la liberación”?

— Para muchos así es, porque Camilo es más ejemplo que teoría. Un hombre que las multitudes seguían, sin respaldo político y sin ayuda económica. Era un sociólogo graduado en Lovaina y nacido en cuna de oro pues era de origen aristocrático, que se levantó en armas en Colom-

bia en 1965. No fue un cura de parroquia sino un estudioso de la política.

— He leído algo de él. Tenía una gran sensibilidad social y defendía a los pobres. Creía en un Cristo que se entregaba en la religión de las obras de misericordia.

— Para sus biógrafos lo que forjó sus ideales fue la posición política de los curas obreros de Europa, los comprometidos con el marxismo.

— Murió en combate, en el lugar de mayor peligro.

— ¿Y tú crees Ferrara que a estos terroristas que quieren secuestrar el barco les importe el simbolismo y la pureza de Camilo Torres?

— A ellos no les importa nada. Sólo usan su nombre. Son unos “buscafortunas” que no tienen Dios ni ley, son la resaca de un movimiento a los que no los une nada... Aún no se sabe lo que exigirán en caso de conseguirlo y por eso hay que detenerlos como sea.

— Ferrara, ¿te preparo otro trago?

— Que sea doble. También quiero fumar, me contestó sonriendo.

Pedí cigarrillos y me levanté para alcanzarle uno encendido. Por encima del borde del vaso, que se había llevado a la boca, miré a la tentadora mujer.

— Estoy impactado —le comenté— por dos dramas dolorosos que presencié antes de encontrarme contigo.

Acudí a una barriada pobre a darle el pésame a un amigo a quien le habían asesinado un familiar para robarle. Se había ganado unos centavos en la lotería y los malhechores, después de humillarlo, le metieron un cañón de revólver por el recto y apretaron el gatillo. Después fui a un centro muy exclusivo a encontrarme con una compatriota muy rica a la que había atendido en el exterior, y mi tristeza fue enorme cuando supe por boca de ella misma que tragaba lombrices solitarias para adelgazar y se provocaba vómitos después de las comidas. Situé estos hechos en los aletazos de un naufragio social que apunta a la realidad panameña, estremecida por el dolor y en busca de una esperanza redentora.

— Este es el mundo de nosotros, mi querido amigo, ripostó Ferrara. Un mundo despiadado, querámoslo o no. Un tiempo en que el hombre no es la medida de todas las cosas sino la empresa, en el que los gobernantes de los pueblos pobres son recibidos en bloque y por segundos en los salones de las grandes potencias. Un tiempo en que sobrevivirá sólo la élite humana mientras las grandes masas andarán hambrientas y errantes por los desiertos como Juan el Bautista en el Nuevo Testamento. Pero esto no será eterno sino cíclico...

— Hasta que estalle una Toma de la Bastilla mundial y los pueblos se subleven y masacren a los poderosos...

Pasaron las horas. Las parejas que bailaban fueron retirándose y el mozo que atendía en el mostrador había empezado a recoger las botellas y los vasos vacíos.

— ¿Me quieres dar otro cigarrillo y echarme un poco de ron?, replicó ella.

Le llené el vaso, le puse el cigarrillo en los labios y se lo encendí. Luego hubo un largo silencio mirándonos a los ojos.

— Van a cerrar el bar dentro de poco, comenté.

Ferrara sonrió a medias y encontré aquella sonrisa atrayente.

El mozo pensó que nosotros éramos los dos más grandes bebedores que había visto en su vida. Lo hacíamos un trago tras otro y llevábamos hablando muchas horas.

Ella se levantó y, acercándoseme, puso sus manos en mis hombros y me besó en la boca. De inmediato pensé que la vida se reducía a estos momentos maravillosos como el que estaba viviendo.

Le pidió al cantinero que le enviara otra botella de ron a su cuarto y me invitó a que subiera con ella. Era ya de madrugada y afuera los muchachos voceaban los periódicos. Tomamos el elevador, seguimos por el pasillo hasta el número treinta y uno, abrimos la puerta y entramos. La habitación la componían dos piezas: una salita de espera independiente, con cortinas de organza, y en la pared del fondo otra puerta. La abrí y miré dentro de la alcoba.

— ¡No puede ser...! exclamé, cerrando la puerta tras de mí, quedándome estupefacto.

— ¿Qué pasa?, exclamó Ferrara.

Me pareció que aquella mujer era cosa de otro mundo. Sentada sobre la cama, mirando la televisión, estaba Norma Diburga.

— ¡Hola compañeros!, dijo.

— ¿Qué hace usted aquí?, replicó Ferrara.

— Vine a tomarme un trago con ustedes.

— ¿Cómo pudo entrar?

— Ese es problema mío. Tengo que hablar con usted Ferrara. ¿Ya leyó los periódicos?

— No, contestó.

— Pues léalos, aquí se los traje.

Tomamos sendos periódicos y comenzamos a leer con avidez. En primer plano, y a todo color, los diarios anunciaban: "TERRORISTAS DESAPARECEN EN EL MAR".

Luego en la información explicaban que "Una agente encubierta de la policía internacional logró infiltrarse en las filas del Frente Revolucionario Americanista (F.R.A.) que había organizado un comando militar para secuestrar el Akatsuki Maru, un barco con carga de plutonio que pasa regularmente por el Canal de Panamá".

La noticia señalaba que “El fin del secuestro era chantajear al gobierno de los Estados Unidos” y que la acción abortó “por el seguimiento que le había dado a la Operación Plutonio 239 la agente encubierta Norma Diburga, que no era el verdadero nombre de la heroína”.

Concluía la noticia subrayando que “las autoridades lograron cambiar la ruta del Akatsuki Maru con el debido tiempo” y que “los terroristas fueron víctimas de un fenómeno climatológico imprevisto que los hizo estrellarse contra el Mare Maru, otro navío de la flota japonesa, que tomó el rumbo originalmente destinado al barco con carga nuclear”.

“El informe confidencial de este espectacular suceso”, termina el diario “lo daremos a la publicidad una vez se concluya con algunas investigaciones que en este momento se realizan”.

— ¿Merezco o no un trago?, preguntó Norma sonriendo.

Ferrara y yo no salíamos del estupor que nos causó ver a Norma dentro de la habitación y saber de quién se trataba.

— ¡Misterio!, dije.

— Ningún misterio, contestó Norma. ¡Ha ocurrido un castigo increíble! La doble ironía del karma fatal devorando al malvado. La víctima matando al victimario y el victimario muriendo sin saber quién lo mató.

— Gracias, Norma, dijo Ferrara. De todos modos me iré frustrada.

— No te irás frustrada, contestó Norma. Aquí tienes el informe confidencial. Nadie lo podrá publicar hasta que yo lo decida. Son las reglas de mi oficina.

— ¿Y por qué tanta gentileza conmigo?

— Porque sé quién eres y lo que persigues. Al terrorismo hay que atacarlo en todos los frentes. Y también por otra cosa...

— ¿Cuál?

— Por una amiga común de las dos... María Luccia Clementi... Me llamó y me pidió que te ayudara.

Ferrara sonrió. Sin duda María Luccia era impredecible.

— Gracias, Norma, —volvió a repetir Ferrara—. He aprendido mucho en este viaje. Me he dado cuenta que soy una novicia en intrigas internacionales... ¡Y yo que me creía la gran cosa!

— Eres una gran cosa, dijo Norma, pero se aprende en el camino...

— Sólo una pregunta Norma, antes que lea el informe. ¿Cuándo ocurrió el choque de los terroristas contra el Mare Maru?

— Hace cuatro días. La mayoría de los cadáveres fueron identificados porque flotaban cerca del lugar del ac-

cidente. También tenemos la versión del dueño del yate a quien se lo habían alquilado.

— ¿Así que cuando nos conocimos ya habían ocurrido los hechos?

Norma sonrió y alzó su vaso como respuesta a la pregunta. No obstante, aclaró:

— Cuando leas el informe que te acabo de dar (El Rey de Sota) te darás cuenta que se mencionan dos barcos, el Matsuki Maru y el Mare Maru. El quid de la trama está en que se logró confundir a los terroristas que se estrellaron contra el barco suplantador, que tampoco los detectó. Yo seguí la operación desde una nave camuflada que se desplazaba en el área.

— ¿Y qué pasó con el Matsuki Maru?

— Sinceramente no lo sé. Casi nadie está enterado sobre su verdadera ruta.

Ferrara me miró y me dijo pícaramente.

— ¿Me perdonas?

— ¿Por qué habré de perdonarte?

— Por lo que no ocurrió entre los dos.

— Se interpuso el destino, le contesté.

Ferrara llamó a Roma para informar que llevaba una historia sensacional y que partiría en el primer avión. To-

mamos unos tragos mientras se alistaba para el viaje y después la llevamos al aeropuerto. Ferrara y Norma se alegraron de que ambas fueran amigas de María Luccia Clementi.

De vuelta a la ciudad Norma me contó detalles más precisos de la operación Plutonio 239.

Era una mañana de verano despejada de nubes y de vientos. En el puesto de adelante del auto había un diario de los que Norma nos llevó al hotel y comencé a hojearlo.

De pronto me estremecí al leer en las páginas interiores, casi sin importancia, una pequeña noticia que decía: “Velero naufraga en África” y explicaba que “en medio de una tormenta, frente a las costas de Guinea, naufragó el velero inglés “Sol de Noche”, pereciendo todos sus ocupantes.

Conmovido y sin hacer comentarios recordé un soneto que le había compuesto a Elena comparándola con ese velero:

*Cabeceando mareas, longitudes sin término
lentamente el velero desarbola memorias,
zarpó del viejo muelle lastimado de olvido,
a hundirse para siempre en algún fondeadero.*

*Velas caídas sobre la popa semejan
pájaros suicidas en picadas del cielo
y a lo lejos parece un ataúd sin rumbo,
sobre olas convexas movidas por el tiempo.*

*Tú, como ese velero, bajo cielos perdidos
buscas un puerto donde anclar tus sueños.
Un puerto que ya divisó sobre el mastelero...*

*Así tu vida, la empujan los velámenes rotos,
la pena de una quilla mascullada de yodo
y la cofa en el mástil mayor del infinito.*

EPÍLOGO

EL REY DE SOTAS

Antes de salir de la última boya, William Tedman, práctico del Canal de Panamá por más de dieciocho años, dio la orden de poner las máquinas en “slow”, orden que se apresuró a cumplir el tercer oficial que en ese momento relevaba al primer oficial Okuro Mishima que se encontraba cenando.

El barco disminuyó ostensiblemente su velocidad. El capitán japonés apareció en el puerto de mando. Había cenado en su camarote muy temprano porque quería estar presente a la hora en que el práctico devolviera el barco. Cuando vio al tercer oficial no disimuló su gesto de contrariedad porque el señor Okuro ya debería de estar en su puesto. Seguramente se había demorado en el comedor para no recibirle al práctico. El señor Okuro era un conservador extremista que todavía hoy, cuarenta y

cinco años después de terminada la guerra, culpaba a todos los estadounidenses de la muerte de su anciana abuela en Nagasaki.

Tedman saludó militarmente al capitán y luego le extendió su mano, gesto que fue devuelto por el oriental. La lancha que llevaría de regreso al práctico ya estaba pegada a la borda de estribor, exactamente bajo la escala. Cuando el gringo saltó a la lancha y ésta, grácilmente, dio la vuelta rumbo a Balboa, el capitán respiró satisfecho. El Mare Maru era nuevamente su barco y el paso del canal había sido completado sin novedad.

Unos instantes después apareció Okuro y el capitán, para demostrar su enojo, abandonó el puente sin despedirse.

A treinta millas de la costa, el Sabine, un yate de treinta y seis pies, de hermosa línea, se mecía suavemente al compás de las olas del Pacífico. Tenía catorce hombres a bordo y uno de ellos había subido a la cubierta a orinar fuera de borda hacia sotavento. Otro de los tripulantes, de apellido Fraguado, fumaba un Camel en el sobrepuesto, mientras los demás permanecían abajo en el salón con aire acondicionado jugando cartas, leyendo o conversando en voz baja.

Fraguado miró el reloj, eran las ocho y treinta y cinco. Todavía faltaba, por lo menos, media hora para que el Mare Maru diera señales de vida. El radar del Sabine se había descompuesto pero la noche era clara y las luces del barco se tendrían que ver desde unas diez millas de distan-

cia, y él sería el primero en divisarlas. Por eso se encontraban atravesados en su ruta. Inconscientemente acarició la culata de la pistola de nueve milímetros que guardaba en la funda del sobaco.

En el salón del pequeño yate el jefe de los terroristas también miró el reloj y dio la orden de repartir las armas. Se acabó el juego de baraja. El más joven de la partida, Julián Barquero, se metió su par de jotas y de treces en el bolsillo de la camisa y se aprestó a revisar su AK49.

Libardo mandó apagar todas las luces y el generador de emergencia porque en menos de media hora tendrían acción.

En el sobrepunte, Fraguado se dejó llevar por las fantasías de la imaginación: se veía con Esmeralda, su querida novia de Pereira, pasando unas maravillosas vacaciones en San Andrés, ya que después de todo se las había ganado con creces.

Sabían que el Akatsuki Maru, la presa en acecho, viajaba con una vigilancia tan sofisticada que, precisamente por ello, sus radares especiales podrían no registrar embarcaciones pequeñas como el Sabine. Sin embargo, nunca se sabía qué podía esperarse de los japoneses. ¿Qué tal si eran expertos en karate? Un par de ninjas podrían acabar con toda la pandilla. ¡Bah!, pensó, eso es en las películas, no hay ninja que aguante un pepazo de nueve milímetros. Sólo bajaremos dos cajas de desperdicios atómicos al Sabine, que serán más que suficientes para ame-

nazar al gobierno de los Estados Unidos con derramar esa basura en cualquiera de las reservas de agua potable de alguna gran ciudad. La mortandad sería horrenda si no aceptaran pagar los billones que exigirían. Ah, ese Libardo Mosquera era un verdadero zorro. Todos ganarían suficiente dinero para asegurar a sus familiares y el F.R.A. se quedaría con el resto para comprar pertrechos.

El Mare Maru no venía a velocidad de crucero porque el capitán había ordenado aumentar potencia para alejarse de la costa lo más rápido posible, ya que un parte climatológico señalaba hacia la media noche vientos huracanados del noroeste a cincuenta millas al sur de Panamá. Este aumento de velocidad significaba dos millas más por hora de lo normal para no tener problemas con el fenómeno natural anunciado.

Okuro Mishima pensaba todavía en cómo superar el enojo del capitán por la ofensa al práctico y había decidido subir al puente a eso de las doce de la noche para celebrar que habían eludido el viento huracanado. Con eso quedará contento —se dijo— y decidió salir a cubierta a echar un vistazo. El aire de la noche era húmedo y caliente. A las ocho lo relevarían, se bañaría y tomaría un té de jazmín.

Regresó al puente de mando y no acababa de cerrar la puerta cuando sintió que el barco había tropezado con algo. Intercambió la mirada con el timonel que se conformó

con un alzamiento de hombros. Un poco furioso salió nuevamente a cubierta pero todo estaba normal. Hacía poco había mirado el radar y este no tenía señales de presencia alguna en sesenta millas. ¿Qué sería? Ojalá que no subiera el capitán.

La proa del Mare Maru había partido en dos el Sabine. Podría asegurarse que ninguno de los terroristas tuvo tiempo ni siquiera de asustarse. El Mare Maru es un barco de dieciséis mil toneladas, a una velocidad de catorce nudos la masa, que poseía una fuerza de impacto ciclópea. Tan grande, que del Sabine sólo quedaron flotando entre las olas algunas tablas de los muebles de madera... ah, y un rey de sotas.

*"Ninguna adversidad
sucederá al justo, pero los
malvados serán colmados
de males..."*

Salomón. Proverbios

*"El que anda en el peligro,
en él perece"*

Sentencia Bíblica

"Una mezcla dolorosa de envidia y rabia se me pega al estómago pensando en el papel que nosotros los escritores estamos jugando en Europa. Aquí corremos apresuradamente a la Palette en París, después de nuestras publicaciones innecesarias, a Charles Shuman, en Munich o en el Bar Paris, en Berlín, para encontrar a alguien que reconozca al productor de la misma. En Panamá está celebrando un poeta la hora de su triunfo; él ha tocado el alma de su pueblo por tener la valentía de decir la verdad cruel y herida.

"Las Luciérnagas de la Muerte" aparte de ser un acto de coraje personal me parece como una escultura literaria hecha de amor, muerte y palabras sencillas como sólo los escritores grandes osan usarlas".

**Henry Hentschel, Süddeutschen
Zeitung, Munich, Alemania**

Pocas veces me he encontrado con acciones bélicas descritas así con un horror tan tangible, con reacciones tan humanas y tan reales frente a una adversidad monstruosa, inexplicable, innecesaria e injustificable. Ni en "Los de abajo" ni en "La forja de un rebelde" ni en "El testamento español" encontré nada que me sacudiera tanto. Algunos trozos son comparables tal vez a testimonios y descripciones que hay en el "Homage to Catalonia" de George Orwell, o a algunas de las percepciones sutiles que encontramos en la "Santa Juana de los Mataderos" de Bertolt Brecht.

**Demetrio Fábrega
La Prensa, Panamá**

En "Las Luciérnagas de la Muerte", una historia de amor con poesía, testimonios, dulzura y odio, escrita por José Franco, uno de los más importantes poetas panameños, se puede conocer la invasión a Panamá.

Notimex, México

"Las Luciérnagas de la Muerte" ha sido un éxito mundial.
United Press International, UPI



EUROAMERICANA
DE EDICIONES INTERNACIONAL S.A.